

Exaltación de la diferencia

Raising the Difference

José Luis del Barco *

Resumen

El posmodernismo ha dislocado la idea tradicional de pluralismo. De riqueza de la vida ha pasado a ser exaltación de la diferencia. El énfasis supone una amenaza para los ámbitos incondicionales. Ni el bien, ni la verdad ni la belleza están sujetos al régimen del tiempo, ni los afecta el cambio. Y los derechos humanos, cuyo fundamento es la dignidad, reclaman validez universal.

Palabras clave: posmodernidad, pluralismo, universalismo, ámbitos incondicionales, derechos humanos.

Abstract

Postmodernism has dislocated the traditional idea of pluralism. It used to be “richness of life”, but now it’s exaltation of difference. This emphasis becomes a menace for unconditional environments. Nor good, truth or beauty are restricted to time regime, nor affected by changes. Indeed, Human Rights, fundament of which is dignity, reclaim for universal validity.

Key words: Postmodernism, pluralism, universalism, unconditional environments, human rights.

Recibido: 24/09/2007

Aceptado: 14/11/2007

* Doctor en filosofía, Universidad de Navarra. Docente, Filosofía Moral, Universidad de Málaga. Málaga, España.

Introducción

Para exponer con realismo la situación actual recurriré a los servicios del cuento y la fantasía. Si un antepasado nuestro resucitara a la vida y viera la sociedad de comienzos de siglo, emplearía estas palabras para explicar la estructura del mundo contemporáneo a las sombras de ultratumba cuando volviera de nuevo sorprendido al más allá: “diversidad”, “pluralismo”, “variedad”, “contraste”, “complejidad” (Lyotard, 1979). Y si uno de los amigos que dejara aquí en la tierra, usando ingenios mecánicos y técnicas de vanguardia para poner en contacto a los vivos con los muertos, le informara puntualmente sobre las publicaciones de sociólogos de moda, comprobaría complacido en la región espectral donde reinan las tinieblas que su juicio era certero. Al mundo contemporáneo, con dos siglos a la espalda y empezando el tercero, se le ha cuarteado el rostro. Es una aldea global dividida en mil pedazos. La complejidad social –que es el rasgo inconfundible de la época presente– procede de un fogonazo que ha reducido a cenizas antiguas cosmovisiones que ahora hay que recomponer reuniendo los fragmentos. ¿Querría el hombre de nuestra historia volver a arrimar el hombro o preferiría seguir en su reino fantasmal?

El apogeo del cambio en la cultura actual

Las señas de identidad de la cultura actual son la variación y el cambio. El credo transformador, más versátil que Proteo, sólo acepta estos tres dogmas: no hay valores permanentes, no hay verdades para siempre, no hay belleza duradera. Los mapas se descomponen de celo nacionalista con una erupción de pueblos en los cinco continentes que buscan su patria aparte. La sociedad de consumo nos sorprende diariamente con futilidades nuevas que sustituyen las viejas, en un esfuerzo titánico por mantenerse a la moda con la esperanza de que el cambio evitará el desencanto de comprobar que las cosas nunca dan lo que prometen. Se mantiene la ilusión de que se harán realidad los sueños que nos anuncian

productos y mercancías cambiándolos sin parar. El consumismo es, sin duda, una pieza muy notable del mecanismo social que fracciona el universo.

La realidad virtual provee a cada uno de un mundo distinto al de los demás. El ingenio se limita a “juguetizar” el mundo (Marina, 1993). Pero mantiene las lindes que permiten distinguir lo real de lo ficticio. La cibernética, en cambio, ha borrado las fronteras. Ya no se trata tan sólo de hacer que la realidad sea un deporte entretenido donde el hombre retozón aplaca su impulso lúdico siguiendo el lema torcido de que ya no hay nada serio. Ahora la cosa es más grave. En lugar de convertir la realidad en un juego, es el juego en sus mil formas, que cada cual selecciona de acuerdo con su capricho, lo real. El cibersex, por ejemplo, permite al hombre disperso, con los sentimientos sueltos que avanzan en oleadas como el viento sin gobierno, movilizar sus pasiones de manera heterogénea, cada día de forma nueva, porque no van dirigidas a ningún destinatario. La mayor fragmentación es la de los sentimientos. No existe mayor ruptura que un sentimiento sin meta, un sentimiento curvado que se vomita a los vientos, aislado del receptor, que no se siente hacia nadie.

Para la nueva política no hay más axioma que el cambio. Más que arreglar los problemas, que siguen erre que erre produciéndonos molestias, el político ambiciona trastocar la sociedad poniendo patas arriba hasta lo más inmutable. Lo importante es la pirueta, la variación, la mudanza que impidan reconocerla. Si los problemas persisten con tozudez insensible al axioma del

Al mundo contemporáneo, con dos siglos a la espalda y empezando el tercero, se le ha cuarteado el rostro. Es una aldea global dividida en mil pedazos.

cambio, se maquillan de otro modo. O se realizan encuestas planteadas sabiamente para que den las respuestas que nos dejen satisfechos. O se les pone otro nombre, como aconseja la norma oriunda de Norteamérica sobre el arte ocultar con máscaras agraciadas el lado feo de lo real, para crear la apariencia de que las cosas se arreglan nombrándolas de otro modo. Si a un cartero puntual, fiel a la cita de llevar a su destino secretos de alguien lejano custodiados en un sobre, sin importarle las cuestas de las sendas empinadas, ni el látigo de la lluvia golpeándole el rostro, ni la navaja del frío recorriéndole la espalda, le diéramos otro nombre ruidoso y altisonante, como “técnico auxiliar de clasificación y reparto”, ya no haría ninguna falta pagarle un sueldo mejor ni suavizar la dureza de su trabajo. Con la alquimia del lenguaje habríamos hecho el prodigio de resolver un problema dejándolo todo intacto. Este arte del disimulo, es la *political correctness*.

La sociedad de consumo nos sorprende diariamente con futilidades nuevas que sustituyen las viejas, en un esfuerzo titánico por mantenerse a la moda con la esperanza de que el cambio evitará el desengaño de comprobar que las cosas nunca dan lo que prometen.

El universo móvil y lo valioso

A lo largo de los siglos el cambio era un variar y una mudanza medidos por el ritmo de las cosas. El mundo seguía impasible con la música de siempre viendo trashumar el tiempo. Los más afortunados, los que tuvieran la dicha de habitar en las riberas de los espléndidos mares, contemplarían desquiciados desfilando ante sus ojos los cambios de las mareas y el vaivén del oleaje. Una quietud cadavérica, sacudida aquí y allá por hallazgos e invenciones que no forzaban al hombre a aligerar la carrera, permitía a la sociedad seguir su marcha cansina sin vuelcos ni sobre-

saltos provocados por las modas. Hoy, más que correr, se vuela, y el torbellino del cambio exalta la diferencia.

A mí me parece espléndido lo dispar y disparejo, lo distinto y desigual. Me gusta la variedad, me disgusta lo monótono, me desagrada lo igual. La vida es tan bullidora que se marchita si vive, en lugar de novedades que agrandan y amplifican el cauce por donde fluye para aumentar su caudal, la rutina monocorde de una existencia anodina donde pasa lo de siempre. Pero no me atrae la idea de hacer de la vida un circo. En esas estamos hoy: en un universo móvil, inestable y tarambana, cuya ley es cambiar la apariencia de las cosas, o revocar su fachada con diferentes colores sin hacer reformas dentro, para observar el precepto de la gran metamorfosis. Adorar la diferencia, ver la originalidad como la rareza hueca del hombre sin atributos (Musil, 1987), que presenta cada día una imagen diferente con adornos exteriores y le oprime la zozobra de una vida sin programa enredada en acrobacias de cambios de figura, considerar la existencia como el gran camaleón que ha de demudar la piel como un rostro avergonzado, ponerse de mil colores para no desentonar de la ley del histrionismo, no es igual que renovarse ni que perseguir lo nuevo. Renovarse, mejorar, buscar con ardor lo nuevo, estar alerta al futuro, hacer sitio a la sorpresa, descubrir las maravillas refugiadas en las cosas a la espera de que

La vida es tan bullidora que se marchita si vive, en lugar de novedades que agrandan y amplifican el cauce por donde fluye para aumentar su caudal, la rutina monocorde de una existencia anodina donde pasa lo de siempre.

el hombre las saque a la luz del día: eso, no el fervor funambulesco de moverse en el alambre, es el fuero de la vida. Yo creo en el cambio profundo que remueve los cimientos, que los años reblandecen con la llovizna constante de la rutina y la inercia, no en los tocados de estuco ni en ponerlo todo en danza para crear la apariencia de que se revuelve el mundo si maquillamos su rostro. Lo esencial y valioso no sigue la ley del tiempo ni es hijo del pasado donde domina el olvido. “Antes”, “ahora” y “después” son términos inadecuados para las cosas eternas, gobernadas por un código indiferente al transcurso, al paso, a la sucesión, y que ignora lo fugaz, lo transitorio, lo efímero.

Siempre que nos admiramos, cuando la noche retinta siembra la mar de luceros, que se lían con las estrellas en lides de parpadeos que rasgan la oscuridad con fulguraciones castas, vislumbramos fugazmente la eternidad en el tiempo; o cuando en la caravana de las cosas pasajeras, viendo el desfile impasible desde el presente al pasado, desde el recuerdo al olvido, hallamos una verdad, esa dimensión eterna inmune al paso del tiempo y ajena a lo transitorio, vislumbramos fugazmente la eternidad en el tiempo; o cuando en el espectáculo de puñaladas traperas asestadas sin piedad para trepar sin obstáculos hallamos una acción buena, un episodio inocente como el rumor de las hojas cuando chocan con el viento, vislumbramos fugazmente la eternidad en el tiempo. “Y pensar que todo esto –es-

El pluralismo es la ley de la sociedad humana. En la vida colectiva la uniformidad es un cáncer que extiende su efecto mórbido por los órganos sociales y mordisquea sus vértebras hasta hacer que el edificio quede reducido a polvo.

cribe García Márquez–, estará alguna vez habitado por la muerte... y sin embargo, siga siendo verdad el amor”. Ni la verdad, ni el amor, ni la belleza, ni el bien están sujetos al cambio.

El sentido del pluralismo

El pluralismo es la ley de la sociedad humana. En la vida colectiva la uniformidad es un cáncer que extiende su efecto mórbido por los órganos sociales y mordisquea sus vértebras hasta hacer que el edificio quede reducido a polvo. Por eso se vitorea como el gran valor social de los pueblos democráticos. Por eso se han derrumbado las sociedades cerradas, con el fragoroso estruendo de mil peñascos rodando, cuando lo igual y homogéneo han producido un ahogo opresivo e irrespirable. Por eso ha elogiado Popper las sociedades abiertas, y ha puesto de vuelta y media a sus torvos enemigos (Popper, 1967). Por eso no hay solución para los problemas prácticos, arduos, serios, intrincados, de la sociedad compleja del nuevo milenio, que según los expertos será el siglo del diálogo, sin la aportación fecunda del pensamiento plural, con su densa red de ideas cuyos músculos se aceran compitiendo unas con otras. Por eso la gran tarea de la ética política es asumir los valores de la sociedad multicultural. Pero no hay que confundir pluralismo con desdén, ni con la fría indiferencia del despegado insensible al que todo da igual, ni con el furor versátil variable como el capricho del fanático del cambio. El pluralismo no es un apogeo del plural, ni hacer saltar por los aires (Berman, 1993) los principios inmutables y gozarse en las migajas de los principios estables reducidos a ceniza, ni creer que todo vale y que hay que desentenderse de las convicciones firmes para entrar con poco peso en la civilización hipotética, sino una verdad estricta y un axioma antropológico, pues el hombre no dispone de respuestas automáticas –exactas, uniformes, fijas– para atender las demandas que la vida le plantea en su errancia por el mundo. Hasta los actos más simples, como comer y beber, ha de hacerlos libremente e inventarse la manera, que no está determinada y permite mil matices, de

atender sus exigencias sin patrones prefijados que bastara fusilar con la fijeza mecánica de una conducta obsesiva.

El hombre ha de hablar por fuerza, por imperativo estricto de su talante locuaz. Pero ha inventado un enredo, un galimatías de lenguas para nombrar de mil modos los objetos más sencillos. Cuando la palabra escueta, inmaculada e inocente como una nevada púdica, no basta para expresar emociones indecibles ocultas en las entrañas, crea el discurso de la música para nombrar lo sublime con la lengua elemental del sonido y el silencio. Ese derroche expresivo, rumboso como una dádiva, es la base antropológica del pluralismo lingüístico.

El hombre es un ser teórico. Con una mano en la frente y la mirada perdida auscultando el horizonte todo lo quiere pensar.

El hombre ha de completar su naturaleza trunca. Ha de abatir la rudeza, disciplinar el ambiente, moldear el universo como “animal cultural” que debe impregnar el mundo de un fuego humanizador llamado civilización. Pero no hay un solo modo de perfeccionar el mundo y mejorarse a sí mismo, sino caminos diversos. Esa colección surtida –heterogénea, múltiple, multicolor, sugestiva– de maneras de afrontar la liza cultivadora entre los hombres y el mundo, un pugilato fecundo para los dos contendientes, son las diversas culturas. “Pluralismo cultural” no es una expresión esnob, teatral y aparatosa como el golpe del velamen al chocar con el viento, sino una fórmula sabia para expresar las mil formas de aquilatar la existencia.

El hombre es un ser poético y embellece lo que toca. “El poeta ha atestiguado tremendamente lo bello” (*Das Schöne hat er unerhört beschei-*

nigt), dice Rilke, el trovador, de Baudelaire, el rapsoda (Rilke, 1995). Todos somos romancesos. A todos nos incomoda lo exclusivamente útil. De día en día tratamos, aunque no “tremendamente”, de hermosear la existencia. Sólo un adverbio separa al poeta del vulgar. Pero hay formas infinitas de redimir la existencia. Con el verso, el pentagrama, con el cincel y la pluma, con el arco y el pincel, con el llanto y la sonrisa. Si solamente una senda condujera donde habita, no sería la belleza, como dice el artista, apartadiza y esquiva. El laberinto intrincado de caminos y veredas que llevan a su recinto ha permitido al creador internarse en los estilos. La facultad soberana de abrazar uno u otro es el pluralismo estético. Los caminos de lo bello también están descampados y abundan a centenares. No hay necesidad de andar por una ruta marcada ni por caminos trillados. Cabe viajar por cañadas apenas transitadas y abrir caminos flamantes para adentrarse en ellos como explorador inquieto.

El hombre es un ser teórico. Con una mano en la frente y la mirada perdida auscultando el horizonte, todo lo quiere pensar. Es animal racional, *rousseau pensant* (Kahn, 2007), débil junco que piensa lleno de curiosidad por conocer los misterios. Pero no hay un solo método, ni una forma de pensar, ni un sistema ideológico. La verdad es inventiva, es decir, inagotable, feraz como la palabra en la pluma del poeta, fecunda como un sembrado en la Tierra Prometida, ubérrima como el trópico, y permite a los audaces ahondar más y más en ella. Dilthey concebía el arte como órgano de comprensión de la vida. La inteligencia comprende no sólo la vida, sino la vida y la muerte, la realidad y la nada, la belleza

El pensamiento no tiene ni patrón ni propietario, y sin libertad se ahoga como los suspiros agrios sin salida al exterior. Su señora es la verdad que, lejos de esclavizar, desencarcela y libera.

y la bondad, la verdad y la mentira. Planta cara al universo y se enfrenta con el todo. Puede tener como idea, como pertenencia íntima, más íntima que una pena, de manera no despótica, sin tiranía ni dominio sobre lo conocido, apropiándose de ello sin romperlo ni mancharlo, dejándolo sin tocar, el universo entero. Puedo pensar de mil modos, reflexionar sobre esto o meditar sobre aquello, sin constricciones ni trabas. El pensamiento no tiene ni patrón ni propietario, y sin libertad se ahoga como los suspiros agrios sin salida al exterior. Su señora es la verdad que, lejos de esclavizar, desencarcela y libera. El pluralismo teórico, la libertad de pensamiento, es una estricta exigencia. La vida es plural y varia. Nada hay menos vital que la rutina uniforme. La etiqueta de la vida es la variedad y el cambio. Su ley es el pluralismo, que no es una concesión de políticos amables.

Pluralismo y universalismo

Pero todo tiene un límite y hay cosas universales. El pluralismo es verdad. Es el fuero de la vida. Sin él se oxida al instante como hierro en el salitre. Pero también es verdad que hay ámbitos universales. Para no humillar el pluralismo, ni degradarlo al nivel de una ideología más, es preciso completarlo con el universalismo. Hay valores inmutables, bellezas apoteósicas y verdades como puños. Todas las culturas guardan un fondo moral común, aunque sean distintas. En todas el generoso goza del aprecio público y se desprecia al avaro. En todas gozan de fama los audaces y valientes y se desdeña al cobarde. Ni una sola sociedad, por alejada que esté de nuestra área cultural, cree que la parcialidad es la virtud del juez. No hay un rincón en la tierra

Hay valores inmutables, bellezas apoteósicas y verdades como puños. Todas las culturas guardan un fondo moral común, aunque sean distintas.

habitado por personas en que los padres no tengan deberes para sus hijos y no se enseñe a los hijos a respetar a los padres. En ningún lugar del mundo gustan los aprovechados. Las islas más apartadas en medio de los océanos ven en la mirada recta un gesto de confianza y un toque de prevención en las miradas torcidas. El amigo fiel es siempre una riqueza imponente, oro de muchos quilates. Los amigos traicioneros, falsos como el disimulo, abren heridas profundas que tardan mucho en cerrar¹.

La ética universal y el pluralismo normativo no están en contradicción. Aquélla expresa la esencia común del género humano, que se mantiene soldada como unidad sin fisuras, de lo contrario no habría razones para afirmar la igualdad entre los hombres —entre europeos y africanos, blancos, negros y amarillos, entre hombres y mujeres—, aunque haya muchas maneras de gestionar los talentos. Aquí cabe atender la sugerencia de Píndaro de llegar a ser quien somos por diferentes caminos. A la ética actual, tercamente normativa, deslumbrada por los códigos, con un sabor formalista que la aleja de la vida, enredada en el embrollo de normas y contranormas, de máximas y recetas, no le seduce la idea de universalismo ético. La ética es como el pintor que sueña pintar la vida. Esa tarea universal es la base inamovible sobre la que se levanta el pluralismo de normas.

Los grandes ámbitos universales

La libertad es, sin duda, un valor universal. Pocas cosas de este mundo gozan de un valor tan franco. Aparte de los secuaces de la política bárbara del palo y el tente tieso, los leales a los déspotas, y de algunos temerosos a los que produce miedo cargar con sus consecuencias, todo el mundo la festeja. Es natural que así sea si pensamos que los hombres son seres libres y autónomos, a los que los eslabones de cadenas opresoras impiden bordar sus vidas. “Libre fue creado el hombre”

¹ In allen Kulturen gibt es Pflichten der Eltern gegen ihre Kinder, der Kinder gegen die Eltern, überall gilt Dankbarkeit als “gut”, überall ist der Geizige verächtlich und der

(*der Mensch ist frei geschaffen*), dice el luminoso Schiller en las primeras estrofas de sus *Palabras de fe*. No conozco una metáfora más exacta y fascinante de la libertad sin trabas que la mar ilimitada. Cuando detengo la vista en su azul inmensidad, plana como un trigal en medio de la meseta, gris como el cielo de otoño, veo con ojos perturbados el símil de la existencia sin fronteras y sin vallas. Contemplándola confirmo las ideas de mi cabeza sobre la libertad. No sé si un positivista aceptaría de buen grado que la mar se convierta en principio de verificación. Pero creo que a los poetas les gusta porque les muestra, en su rasa infinitud, una parábola artística de lo que no tiene dueño. A Artel, el poeta colombiano de *Tambores en la noche*, le gusta “porque no es de nadie”. La libertad es igual: gusta cuando es de todos.

Hegel vio las cosas claras con su mirada de lince. Tal vez la filosofía pinte su gris en el gris (*ihr Grau in Grau*) y llegue tarde a la cita, cuando el crepúsculo envuelve con su sombra a los objetos. Pero el filósofo acierta con sus análisis finos sobre la merma que sufre la libertad cuando no es universal. Hegel creía de seguro, como el sol que nos alumbra, que la libertad se cuenta entre los bienes más altos. Sin embargo, gozar de ella, sentir franca la existencia, no cerrada ni obstruida, como un paisaje sin cercas, impone una condición: que todos los seres humanos, o al menos la mayoría, también puedan disfrutarla.

Cuando Hitler extendía su tiranía sanguinaria sobre una Europa aterrada, ni siquiera las naciones no sujetas a su yugo, a las que el miedo obligaba a actitudes de repliegue, eran plenamente libres. Y mientras que media Europa fue una cárcel opresora aislada de la otra media por un gran telón de acero, la parte llamada libre notaba en sus propias carnes la opresión de la cautiva. Era libre sólo a medias. En el Occidente libre la libertad dio un bajón. Llegó a ser eventual, una cosa relativa que unos tienen y otros no, y que se apreciaba poco, apenas si se cantaba y no seducía en exceso a la reflexión filosófica. Nada menos que

a Beethoven tuvo que acudir Leonard Bernstein para encontrar una fórmula que expresara exactamente el entusiasmo vivido por la nación alemana tras la caída del muro. Modificando la letra del coro final de la Novena Sinfonía, acertó con la expresión: “Libertad, hermosa chispa divina” (*Freiheit, schöner Gotterfunke*). Las cosas han cambiado conforme la libertad se ha ido haciendo universal. Hoy se canta con más fuerza. Con la cauta precaución de la esperanza estafada por promesas incumplidas, se cuida y mimosa con celo, y la actual filosofía, cuya principal tarea consiste, según Horkheimer, en prestar su voz sonora a las realidades mudas, se esfuerza porque se oiga la voz de la libertad después de tanto silencio.

La libertad se sustrae a la ley de la escisión que reina en nuestra cultura. Se niega a ser parcelada y no quiere entrar en tratos que la negocien por partes. O se tiene o no se tiene. Pero el que sea universal no quiere decir que desconozca los límites. Si alguien quisiera gozar de libertad absoluta, obligaría a los demás a ser servidores suyos. La libertad absoluta es una contradicción. Si alguien la monopoliza usándola sin medida, destruye la de los otros, que quedan como muñecos sujetos a su capricho.

También en esto fue Hegel un observador muy fino. El filósofo suabo, en su historia escalonada de la libertad, establece que ha pasado por tres fases diferentes. Aludiré a la primera, la única que interesa para el asunto que trato. El primer día que los hombres sintieron la libertad debieron de maravillarse. Yo me imagino radiante, con la transparencia pura del primer amanecer, el día en que un hombre cualquiera la atisbó desconcertado. Y hasta fantaseo en vi-

La libertad se sustrae a la ley de la escisión que reina en nuestra cultura. Se niega a ser parcelada y no quiere entrar en tratos que la negocien por partes.

siones que contemplaría el mar cuando sintió en las entrañas los primeros ramalazos. Hegel piensa de otro modo. Él cree que fue en Oriente donde la humanidad tomó conciencia de ella. El Oriente venerable tiene el noble privilegio de haberla visto primero. Pero de forma viciosa, de esa forma depravada que se llama despotismo. El déspota disfrutaba de libertad absoluta a costa de los demás. Hubo que dar tiempo al tiempo, dejar que avanzara la historia, ver nacer el Cristianismo, en el que Hegel sitúa el momento decisivo de la libertad humana, para admitir a las claras que es un bien universal al que todo ser humano –blanco, negro o amarillo– tiene derecho inviolable. Aquí el plural hace agua.

Conclusión. Refutación del apogeo del plural: los derechos humanos

Los derechos humanos son otra excepción ilustre a la consigna sobada de las mil y una culturas. Las banderas del contraste, el plural o la diferencia permanecen arriadas cuando se invocan derechos que tienen todos los hombres. En páginas anteriores he dicho que el pluralismo cultural es un hecho irrevocable. Sus raíces se sujetan, no en la voluntad política, que cuando la reconoce no hace más que lo que debe, sino en la esencia del hombre. El hombre es un ser abierto que ha de dar mucho de sí. Como “promesa incumplida” (Biser, 1995), debe llenar sus lagunas, continuar su naturaleza. Pero para esa tarea no tiene un camino fijo. Por eso ha inventado tantos a lo largo de la historia. Hay, pues, culturas a mares. Todas son modos humanos de escribir con buen estilo la epopeya de la vida. Es posible y necesario tejer entre todas ellas la densa red del diálogo. Pero aunque sean diferentes, plurales como los rostros, todas han de ser humanas. Todas han de reservar al hombre el puesto que le corresponde en la sociedad. Todas se han de parecer en permitir que los hombres disfruten de los derechos que tienen por ser personas y sin los que no podrían vivir una vida digna. Los derechos naturales, o los derechos humanos, que son metaculturales, valores universales, son un freno al pluralismo. Cualquier

cultura es legítima si respeta esos derechos. En eso no puede haber la menor diferencia. En respetar, promover, garantizar y amparar los derechos humanos, las culturas desiguales deben ser igualitarias. En todas ha de existir libertad de pensamiento para lanzarse sin trabas por la senda del saber. O para mirar la vida desde cualquier perspectiva. O para adoptar sin miedo una u otra ideología con que transformar el mundo. Suprimir la libertad no es rasgo cultural. Nadie puede enarbolar esa bandera opresora como hecho diferencial. La doctrina universal de los derechos humanos, que se presenta en escena con pretensión decidida de moral universal, frena en seco la resaca del apogeo del plural.

Referencias

- Berman, M. (1993). *All That Is Solid Melts Into Air: The Experience of Modernity*. London, New York: Verso.
- Biser, E. (1995). *Der Mensch. Das uneingelöste Versprechen*. Patmos Verlag, Dusseldorf
- Kahn, A. (2007). *L'homme, ce roseau pensant. Essai sur les racines de la nature humaine*. Paris: Nil Edition.
- Liotard, J. F. (1979). *La condition postmoderne. Rapport sur le savoir*. Paris: Minuit.
- Marina, J. A. (1993). *Elogio y refutación del ingenio*. Barcelona: Anagrama.
- Musil, R. (1987). *Der Mann ohne Eigenschaften*. Zwei Bände. Reinbek bei Hamburg Rowohlt Taschenbuch: Verlag.
- Popper, K. R. (1967). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Buenos Aires: Paidós.
- Rilke, R. M. (1995). *Werke in drei Bände*. Bonn: Insel Verlag.
- Spaemann, R. (1986). *Moralische Grundbegriffe*. München: Verlag C. H. Beck.

